

La unión de las torres de música con el vídeo transforma el salón de casa en un auténtico cinema

I. Merchán/R. Celis

El que se desvive por la alta fidelidad ya no es un adolescente con acné. Los tiempos han cambiado desde que, en los setenta, los jóvenes trabajaban en la cervecería para conseguir atronar al vecindario con un equipo de sonido diáfano. Ahora, que se han hecho mayores, suenan con una cadena que, además de escuchar a Simon y Garfunkel, les permite gozar de los efectos especiales de *Matrix*.

Sus hijos prefieren el ordenador pero no renuncian al altavoz. Navegar por los mares de la red les deja poco tiempo para saltar sobre la cama, al ritmo de sus ídolos. Pero ellas permanecen: hay minicadenas para todos los gustos. La tendencia es adquirirlas repletas de luces y botones, algunos de utilidad dudosa. Y es que, a los quince, el equipo de música, antes que sonar, debe lucir.

No sucede lo mismo en el salón. Allí la calidad es la que manda. Tras perfeccionar la reproducción del sonido, el equipo de alta fidelidad roba funciones al televisor y al video. Es la invasión del Dolby Surround. El mismo inventor norteamericano que introdujo la reducción de ruidos convierte ahora el apartamento en un auténtico cinema.

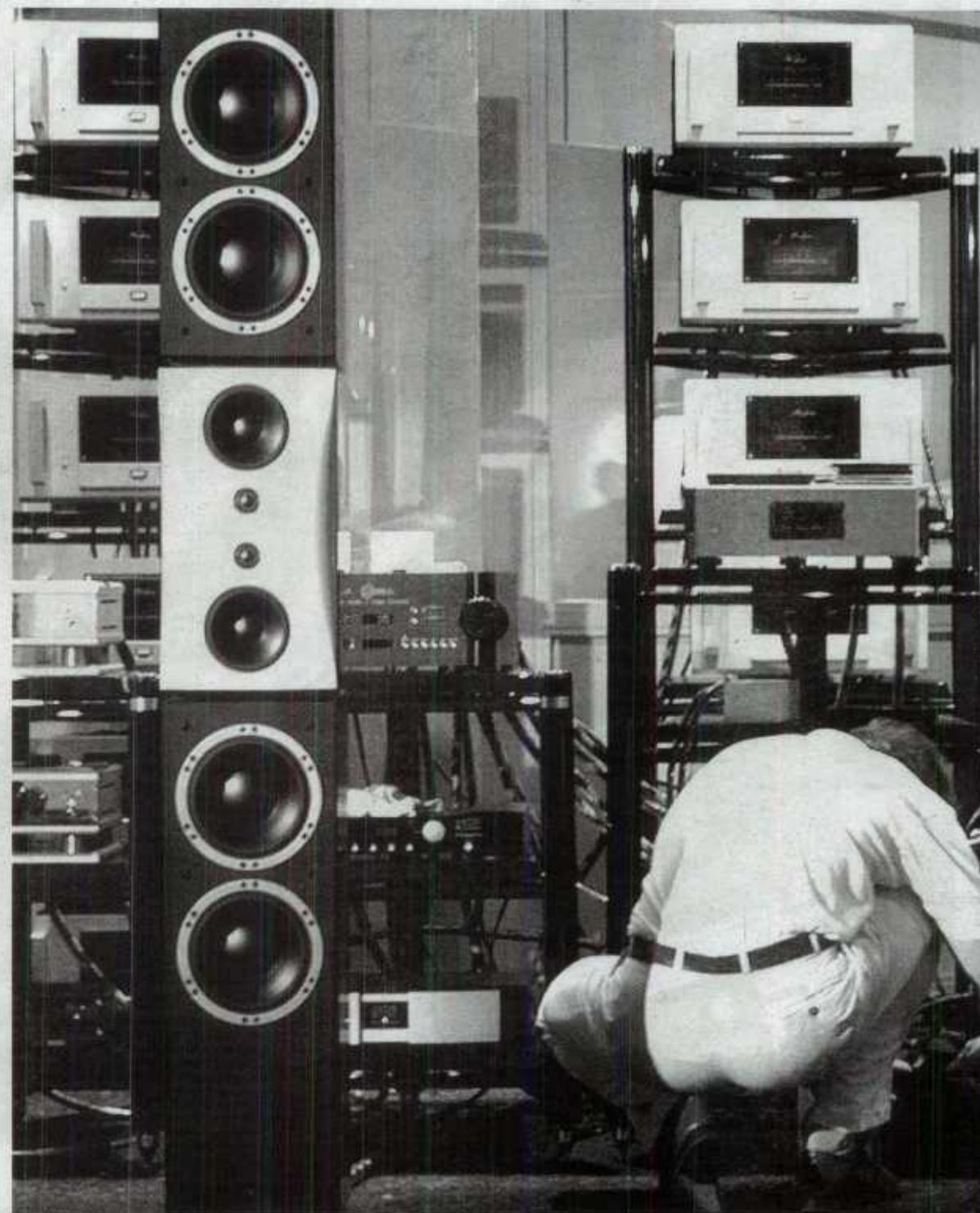
Gracias a la nueva tecnología, no todo gira en torno a la pantalla. Al menos, eso opina Nicholas Negroponte, director del Instituto de Medios de Comunicación de la prestigiosa Universidad de Massachusetts: «Mostramos a un grupo de personas la misma emisión en dos televisores idénticos. Uno de ellos, con sonido digital. Tras observar ambos, coincidieron en que la calidad de imagen era mayor en el de mejor sonido. Un error de percepción que demuestra que el conjunto vale más que la suma de las partes».

Atención al idioma
Julián Millán es aún más tajante. El experimentado vendedor asegura que, «antes del Dolby, no iba al cine». Ahora tampoco va. Porque lo tiene en casa. La imagen entra en el universo sonoro arrastrada por su digitalización. De ello, son culpables el DVD –el céder hecho video– y la tele digital.

El resultado de conectar el DVD a la cadena de música es bien distinto que utilizar el video VHS, si lo que se pretende es disfrutar de la atmósfera propia de una gran pantalla. Ahora bien, no todo es tan sencillo: la máxima calidad de sonido puede caer por los suelos, si no se tiene en cuenta el idioma en el que se ha hecho la grabación digital.

El deseo de las multinacionales de impedir el estreno simultáneo de películas en todo el mundo ha llevado a dividir el planeta en dos zonas: América, por un lado; Europa y Japón por el otro. A cada área le corresponde una versión de DVD incompatible con la otra. De ahí que, una cinta comprada en EE UU no podrá visionarse con un aparato español, salvo que se adquiera un adaptador multizona.

No acaban ahí los obstáculos de una tecnología todavía muy joven. En el viejo continente sola-



mente se puede optar entre 450 títulos –ninguna ópera–, frente a las más de 6.000 que ya se venden al otro lado del Atlántico. Así, para ver a Bruce Willis, en *Armageddon* echar en cara a Ben Affleck el haberse acostado con su hija, deberá conformarse con

escucharle hablar un perfecto español sudamericano.

La escena del actor refleja la persistencia de la autoridad paternal, un rasgo cultural que también queda patente a la hora de adquirir un equipo de música. En la mayoría de los casos, es el hom-

■ **En Europa sólo se encuentran 450 títulos en DVD, frente a los más de 6.000 de EE UU**



El primer digital

El céder cumple más de quince años en un mundo donde las nuevas tecnologías devoran a las que ya no los son tanto. Y, sin embargo, ahí sigue. Los diferentes intentos por crear un DVD de audio no han prosperado aún. Los fabricantes de equipos llevan años en negociaciones para consensuar un estándar que contente a todos. El problema fundamental radica en la falta de mercado porque sólo los oídos muy entrenados pueden distinguir entre diferentes calidades digitales. En esas condiciones, nadie quiere cambiar de reproductor. ¿De qué sirve la cantidad de datos que admite un DVD si no se aprovecha para dar más calidad? Es difícil imaginar a Enrique Iglesias grabando cuarenta canciones en vez de diez. Tan

sólo tendría sentido en los recopilatorios. Mientras tanto, el céder tal y como lo conocemos ahora, sigue teniendo futuro. Además, hoy existe una manera distinta de grabar estos discos. Se llama MP3 y, hasta ahora, estaba confinado a las paredes de un ordenador. Sin embargo, ya se encuentran en el mercado lectores de discos compactos que pueden reproducir este sistema. Su mayor ventaja es la capacidad: multiplican por diez el contenido de uno convencional. Hasta la fecha, se trata de recopilaciones caseras y se distribuyen, normalmente, entre amigos. El precio de un lector de céder es de 30.000 ptas, aunque puede ascender hasta las 100.000, para satisfacer las exigencias de los más sibaritas.

Primeramente fue el Dolby Surround, después el Dolby ProLogic y hoy el Dolby Digital. Tres nombres abstractos para tres estadios de la evolución del sonido envolvente. Cinco altavoces independientes –más un cajón de graves opcional, si se adquiere la versión 5.1– proporcionan la sensación de que se está inmerso en (casi) cualquier parte. Desde una sinfonía de Beethoven hasta las peleas portuarias de

Steven Seagal. Cada altavoz emite el sonido adecuado. La escena de *Forest Gump* en la que está sentado en un banco, se asemejaría a esta secuencia: El bafle central ofrece el diálogo. Por el frontal izquierdo, llega el autobús; por el derecho, se va. Desde las cajas posteriores, se escucha a los niños que juegan en un parque, las bocinas de los coches... Hasta se logra percibir el tenue sonido de la pluma al caer. Con semejantes niveles de calidad, resulta difícil distinguir si uno está en su butaca preferida o es la señora canosa que charla con Tom Hanks. Pero cuesta entre las 250.000 y las 500.000 ptas.

